



Carlos Franz

**La historia con «h» minúscula
(La novela latinoamericana ante el siglo XXI)**

Agoniza el siglo...

A menudo, últimamente, me he sorprendido pensando cuan apropiado y qué conveniente sería encontrar algunas afirmaciones apocalípticas sobre la novela para amenizar tanta conferencia y foro al que lo invitan a uno sobre este fin del siglo XX. Al mismo tiempo, cuan placentero sería anunciar algún holocausto o hecatombe para la ingente producción plumífera hispanoamericana. Pero, tamaño sorpresa, tras revisar y revisarme no puedo encontrar ninguna catástrofe convincente. ¿Cómo puede ser esto? Después de un siglo de crisis y anuncios obituarios, la novela debiera estar agonizando junto con la centuria. Y sin embargo, particularmente en Latinoamérica, me parece que está llegando en salud al fin de milenio, y entrando al otro para quedarse en él.

En busca de una respuesta, aventuro algunas conjeturas milenaristas. Por lo pronto, llegamos al fin sin estar seguros de nada. Ni siquiera de la fecha en la cual dejaremos este siglo de la sinrazón. La mañana del 1 de enero del 2000, que dice el sentido común; o la del 2001, que dicen los astrónomos. Terminamos el milenio sin que quede utopía con cabeza. Pasamos

al siglo XXI atomizados. No como temíamos por el átomo suelto de sus cadenas, sino por la caída de los muros bajo cuya sombra habíamos nacido. Por mi parte, nací cerca del año en que se ponía la primera piedra del muro de Berlín. Y el plazo ya ni corto ni largo de mi edad me ha bastado para ver como la casa ideológica de mi infancia se venía abajo. La casa de cortinas de hierro y de bambú, edificada a la sombra fría del hongo nuclear, cayó más por defectos de construcción que víctima del plutonio. El solar donde estaba ha sido puesto a la venta y en él se construye, con dineros transnacionales, un mall a la americana.

Internet parece la metáfora por excelencia en el cambio de siglo. Una gran red en la cual por definición son más importantes los agujeros que las cuerdas. Lo que se filtra, lo que se escurre, el círculo cuya circunferencia está en todas partes y su centro en ninguna. La galaxia Mac Luhan, la aldea global, ha resultado ser -debimos haberlo previsto- similar a cualquier gran ciudad americana: una metrópolis sin centro histórico, una constelación de suburbios.

Al contrario de lo que temíamos no creo que con todo esto peligre el futuro de la literatura. Cuando mucho nos hace preguntarnos por el futuro de uno sus soportes: el libro de papel, el que yo moriré amando sin duda. Mientras tanto, ya nadie cree, o reconoce que cree, en historias generales, triunfa la física del caos y el único pronóstico medianamente fiable -nunca demasiado- es el del tiempo en CNN, aunque nunca corresponde al de nuestra casa. Las causas colectivas se miniaturizan al tamaño de microchips, al ritmo con el que vamos dejando atrás la era de los megarrelatos y los grandes líderes, para entrar a la de los pulgarcitos políticos y las verdades astilladas...

... Y vive la novela

La incertidumbre es una condición existencial cara a la novela, consustancial a ella. Será por ello que algunos novelistas no nos sentimos tan incómodos en el caos. No es que no amanezcamos, un día de cada dos, indignados ante las injusticias y la flagrante fealdad del mercado universal. Pero debo reconocer que me excitan también sus posibilidades. En medio de este delirio veo que asoma su corva gibada un signo indispensable para la imaginación literaria. Me refiero a ese viejecito que debiera ocupar varias teclas más que aquella que tiene en los teclados: el signo de interrogación. Nuestro eterno aliado, el mejor amigo del novelista moderno.

La novela como yo la entiendo, como una duda organizada sobre la existencia individual y sus circunstancias históricas, no podría menos que florecer en tiempos revueltos.

Los grandes imperios, las religiones universales del milenio que expira, siempre ambicionaron el libro único. La frase del califa, al ordenar el incendio de la Biblioteca de Alejandría: «Basta con el Corán», recorre los siglos. El Estado Nación, esa idea asesina, asfixió a las literaturas

locales en nombre de una literatura nacional, quiso borrar las diferencias, fundó las academias donde la lengua es limada hasta el mango, quitándole el filo de la diversidad. Los Estados Totalitarios persiguieron activamente a los escritores. Las ideologías dogmáticas que les sobrevivieron, incluyendo la de lo políticamente correcto, continúan estigmatizando la duda y borrando los signos de interrogación, en nombre de lo que consideran certezas intangibles.

En tales circunstancias, no eran de extrañar los anuncios agoreros sobre la muerte inminente de la novela que recorrieron el siglo XX, los numerosos partes de su defunción que se han distribuido. El deseo reprimido de la modernidad, su wishful thinking, fue acabar con el relato de sus diferencias. El siglo, en suma, no anunció sino que quiso la muerte de la novela. La quiso con una voluntad que por inaparente no fue menos activa. La quiere, mientras boquea con un pie en la tumba, todavía. Puede que ahora, cuando los grandes imperios se disuelven en la transnacionalización corporativa, en la sociedad anónima del fin del milenio, ahora que las religiones universales se dogmatizan de nuevo, esto es, se convierten en sectas, puede que asistamos al inesperado funeral de ese «libro único» que fue la ambición del milenio. El talón de Aquiles de esta sociedad liberal que parece entrar triunfante al nuevo milenio es su incapacidad de generar ideologías masivas, capaces de contrarrestar el individualismo de los intereses.

Como novelista, ese individualismo no me parece mal. Puede que estemos ingresando en la era de los muchos libros, de los muchos relatos. Por eso quizá no me asustan las 45.000 novedades de cada año en la edición española. Ni las otras 45.000 que se publican en la América Latina, incluido Brasil. La heterogeneidad parece el humus más fértil de la literatura.

Así descrito, puede que este fin de siglo sin pasión ni Apocalipsis, sin libro único, aburra a muchos. A mí me resulta apasionante. Veo al siglo que se avecina como el reino de la incertidumbre, de las zonas grises y las verdades a medias. Al mismo tiempo lo imagino como la democracia de las épicas comarcales y las gestas de barrio. Puede que haya sonado la hora de la historia privada, en el sentido balzaciano: el novelista como el historiador privado de la nación. Puede que este sea más que nunca el siglo de la novela, de su oficio y su dilema.

Y en espacial, si se me permite tanto entusiasmo, puede que éste sea el siglo de la novela latinoamericana. Agonizantes los grandes colectivismos políticos, económicos y mentales, el XXI tiene toda la cara de ser el siglo de la soledad. Y la soledad no solo ha sido siempre el espacio propicio a la escritura y la lectura, sino también, como quería Octavio Paz, el símil latinoamericano por excelencia.

En Latinoamérica la novela total, continental, en la cual alguna vez se pretendió reflejar a todo el continente, se ha hecho añicos. En buena hora. Hoy nos miramos en esas astillas caleidoscópicas: diferentes, fragmentados, más parecidos a lo que somos.

De este modo, la noche en que celebremos el fin de estos 2000 años podremos leer positivamente los signos escritos en el muro del banquete. Bien traducidos quizá nos estén diciendo que podemos soñar con una época áurea de la novela para este continente de la contradicción que es

Latinoamérica. Una edad en la que de nuevo se nos permita, sin mala conciencia, hacer relatos que sean responsables sólo ante sí mismos. Permítanle a un escritor sudamericano de esta nueva generación, soñar. Puede que estemos por reinaugurar la era del narrador, la del pensamiento narrativo, inherentemente contradictorio, dialógico, parcial, y por eso mismo, confiable. Acaso en ese nuevo siglo la historia que podemos hacer los novelistas, la historia con «h» minúscula, sea la que reine en Latinoamérica.
(1999)

2009 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

